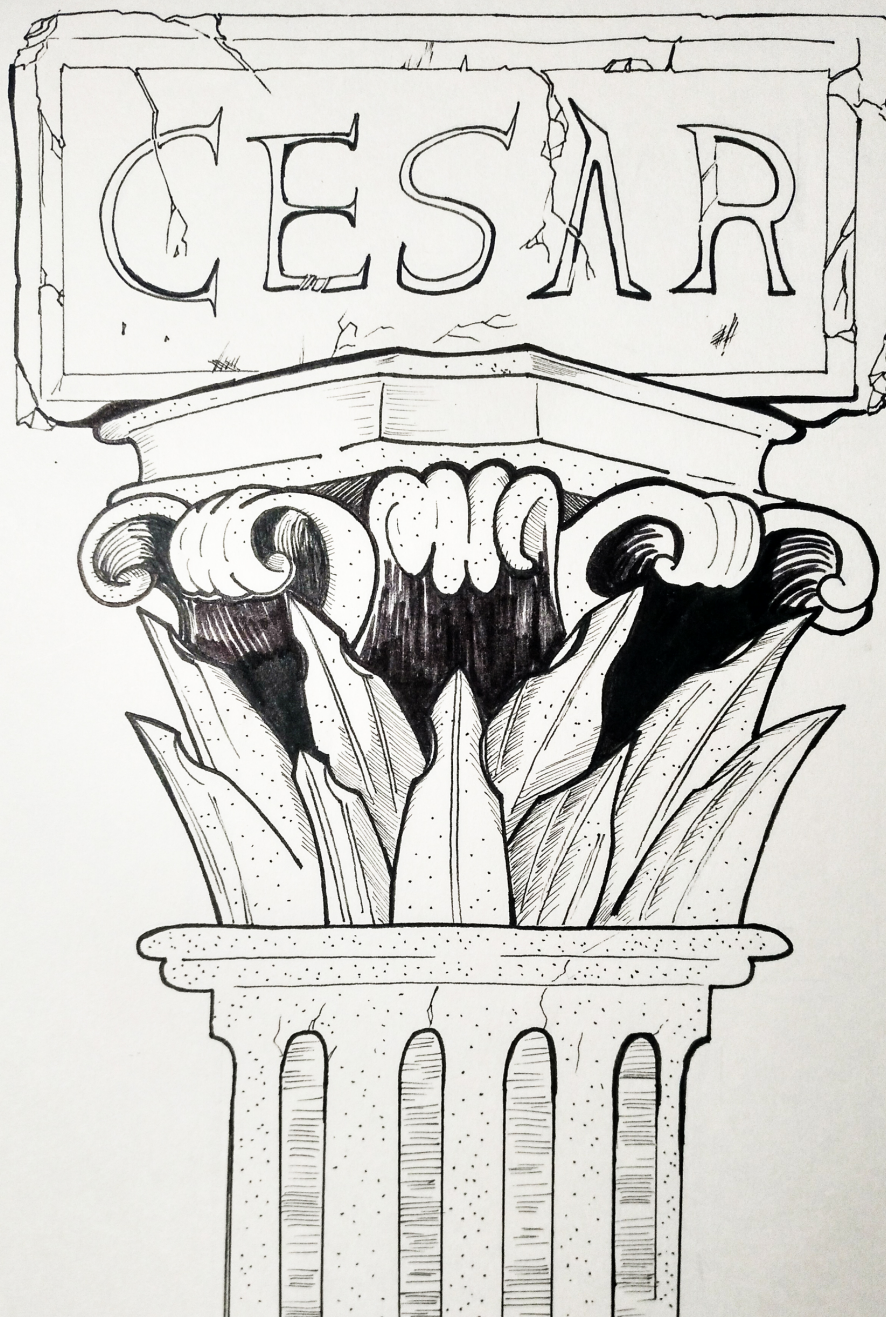


Autor: Abilio Ayuso

EL NOMBRE

Ilustrador Alejandro Ortigosa Quevedo



Algunos padres ponen a sus hijos el nombre que les dicta el capricho momentáneo, sin darse cuenta de la repercusión que su vanidad puede tener en la vida de su retoño.

+12

Tiburcio había estado disconforme con su nombre desde que tenía uso de razón, ya en el colegio había tenido que soportar burlas referentes a ello, pero fue peor en la adolescencia porque le acomplejaba el pensar que cuando se presentaba a una chica esta podía reírse de un nombre tan cateto, así que acabó haciéndose llamar Tib por sus amigos y conocidos, pero no solucionó gran cosa porque todas preguntaban que de dónde venía ese Tib y la cosa derivaba inevitablemente en el dichoso Tiburcio.

Además, a él que era un purista de la lengua le molestaba sobremanera el diptongo que se formaba con su apellido: Alonso, pensaba que un apellido que comience por vocal debe ir acompañado de un nombre acabado en consonante como César.

¿Porqué le habían puesto ese nombre tan paleta unos padres que le adoraban?, evidentemente no por maldad, sino por estrechez de miras, su padre había nacido un día catorce de abril, en que se celebra San Tiburcio, y en su pueblo era costumbre poner a los niños el nombre del santo de su nacimiento, tal vez para ahorrarse celebrar por separado el santo y cumpleaños.

A ello se añadió una costumbre posterior aún peor: ¿Como se llamará el niño?: Como su papá... Sin pensar que eso le resta personalidad al crío y que su nombre siempre llevará asociado o un diminutivo o el complemento de segundo o hijo.

Precisamente el tema de los diminutivos es lo que acababa de enfurecer a nuestro protagonista con respecto a su nombre, porque si ya de por sí Tiburcio es ridículo, Tiburcito o Tiburcín aún lo empeoran.

Tal vez porque para él socialmente su nombre era un lastre se centró en los estudios y llegó a ser muy brillante como físico nuclear, pero no consiguió nunca escalar un puesto importante, era un hombre de gran valía, al que encomendaban las labores más complejas, pero siempre era otro el que se llevaba el mérito.

En su caso era su jefe: Sebastián Hernández, y nuestro pobre amigo tenía la sospecha de que, si no había ocupado él esa plaza teniendo méritos sobrados, era porque a los miembros del consejo, sin que nadie lo mencionara en voz alta, no les apetecía tener como director de investigación alguien llamado Tiburcio.

En el tema sentimental tampoco fue brillante, a pesar de ser bien parecido no conseguía que las chicas que realmente le gustaban le hicieran el menor caso.

Su ideal era una mujer que además de bella fuera inteligente, deportiva, fuerte física y mentalmente, una compañera capaz de seguirle en cualquier aventura.

Como no la consiguió y no le apetecía permanecer soltero tuvo que conformarse con Ramona, una buena chica, ni preciosa ni aventurera ni capaz de opinar sobre filosofía hermética, pero era dulce y se supone que le quería, además era la única que había aceptado ser la novia de alguien llamado Tiburcio.

Lo que acabó de machacarle fue cuando buscando información acerca de su nombre, por si tenía algo épico de lo que vanagloriarse vio de cabecera en la información del santoral: “Tiburcio de los cabrones al cielo”. Ya no quiso ahondar más.

El tener una esposa muy limitada coartaba mucho sus posibles viajes de ocio. Él adoraba ir a la aventura por países exóticos, pero odiaba ir sólo sin tener con quien compartir las experiencias, como a su mujer no podía llevarla ni atada tuvo que resignarse a no viajar.

Lo mismo sucedía con las actividades que le encantaban como el esquí, el buceo, el montañismo, o simplemente el teatro, su esposa era una auténtica señora María y si alguna vez había conseguido que le acompañara en alguna de esas cosas, había sido tal la cantidad de quejas, muecas de desagrado y reproches de los que ella había hecho gala que se juró a sí mismo no repetir la jugada.

Durante el noviazgo ella había fingido que podría llegar a interesarse por alguna de aquellas actividades, pero esa pose desapareció después del matrimonio junto con su larga melena, estaba claro, ella sólo quería un hombre que le ofreciera un buen hogar, un sueldo decente y le permitiera ser ama de casa, que en realidad era su auténtica afición.

Como amante, ella era como en todo lo demás, se dejaba hacer, pero por lo menos no le ponía pegas cuando él quería desahogarse.

Con el tiempo descubrió que su mujer era estéril, pero se negó a adoptar porque no le apetecía consagrar su vida a alguien que no fuera de su propia sangre y menos aun pensando en la poca ayuda que tendría por parte de su esposa en cualquier tema que no fuera estrictamente: La vestimenta, la comida y el aseo, asuntos que él consideraba menores ya que los podía realizar una simple canguro.

Posiblemente por eso se centró por completo en sus investigaciones y sus estudios trabajando fuera de horario e incluso en días festivos, ya que además eso a su mujer no le incomodaba puesto que mientras tuviera su televisión, sofá, jardín, cocina y teléfono para cotillear con las amigas ya era feliz.

Otro en su lugar hubiera buscado aventuras extramatrimoniales, pero nuestro amigo era un hombre de una sola pieza y pensaba que a lo hecho... Pecho.

Tampoco pudo refugiarse en grupos de amigos porque los hombres de su entorno con los que hubiera podido salir en cuadrilla o eran cazadores, actividad que le repugnaba, o fanáticos de los deportes, afición que despreciaba, o jugadores, o juerguistas puteros, o incluso varias de esas cosas juntas.

Tampoco conservaba amistades de su niñez porque en general los niños, igual que los mayores, son egoístas y normalmente prefieren huir del “apestado” que sufre acoso, por eso sólo había podido conservar un par, pero las circunstancias de distancia, trabajo y matrimonio les habían ido separando.

Por otro lado, Tiburcio tenía a la humanidad en muy mal concepto, y más aún a los de su país que para su vergüenza era el único del mundo donde el fascismo no había sido cortado de raíz, por eso cuando andaba por Europa para alguna convención científica le molestaba tener que decir que era español.

Su única suerte era que trabajaba en uno de los escasos centros de investigación que existían en su patria, aunque lo merecía sobradamente porque era un verdadero genio.

Aunque no disponía de todos los medios de los que hubiera gozado en otro país ni el reconocimiento a su labor del que otros se apropiaban, no quería emigrar porque estaba convencido de que en esas otras naciones estaría mucho más controlado y supervisado mientras que aquí dejaban que fuera haciendo para recoger sus frutos cuando estuvieran maduros.

Su descubrimiento fue, el resultado de una casualidad que no podía repetirse en mil millones de años, posteriormente se dio cuenta de que aquello no podía haber funcionado en ningún otro lugar del planeta porque precisaba de una influencia telúrica muy especial, incluso llegó a pensar que requería una alineación cósmica específica que creara aquella especie de portal, y dándose todas esas circunstancias debía haber allí mismo funcionando una maquinaria absolutamente específica.

No lo había buscado en absoluto, pero se percató de que había descubierto la forma de ver el pasado como si realmente estuviera allí.

Con una serie de mandos que no le costó demasiado construir, pudo parametrizar los factores de espacio-tiempo, aunque se dio cuenta de que tenía sus límites: Aproximadamente un siglo hacia atrás, pero no menos de treinta años y cien kilómetros de distancia máxima.

Metido en una especie de cabina hermética en forma de huevo activaba un campo de fuerza creando ante él una cortina opaca que al operar los mandos se hacía transparente y le permitía ver y oír todo lo que sucedía delante suyo en el pasado que hubiera escogido, podía moverse en el tiempo y el espacio como si estuviera en un videojuego.

En sucesivos experimentos percibió que aquella cortina actuaba como un transistor, es decir nada podía entrar de fuera hacia dentro, pero si, al contrario.

Cuando explorando momentos históricos del pasado de su provincia había observado que lanzaban una piedra, bala o incluso granada hacia donde él se encontraba ésta se

desvanecía al llegar a la cortina de energía que los separaba, pero si giraba los mandos rápidamente podía ver como la granada había llegado al otro extremo, como si él y su máquina no estuvieran allí en aquel momento.

Sin embargo tenía la sospecha de que al revés la cosa funcionaría de otra forma. Como le aterrorizaba alterar el pasado y las consecuencias que ello pudiera tener, buscó para su experimento un lago tranquilo en un momento de la madrugada en que no hubiera nadie en las cercanías, se situó a escasos centímetros del agua, retrocedió sólo treinta y dos años ya que si su teoría era correcta cuanto menos retrocediera menos alteraría el pasado, tenía preparada una pequeña estrella de hielo, apenas pocos centímetros cúbicos de agua solidificada, la arrojó a través de la cortina de energía y para su sorpresa la atravesó limpiamente y quedó flotando sobre el agua hasta fundirse lentamente.

El siguiente experimento lo realizó en ese mismo lago con una delgada varita de hielo, la fue empujando lentamente a través de la cortina, pero cuando estaba a la mitad intentó retirarla, la mitad que había atravesado la cortina no regresó sino que quedó cortada y cayó sobre la superficie del lago.

Es decir, que algo podía atravesar ese portal e interactuar en el pasado, pero no al revés, por lo tanto, si un ser vivo al atravesar la cortina tenía una mínima duda o vacilación quedaría seccionado y moriría al instante.

Más adelante se atrevió con una mosca común, la cual atravesó la cortina y siguió revoloteando tan campante, el experimento final lo realizó con un pequeño ratoncito de laboratorio que había sobrevivido a varias pruebas y por su edad sabía que apenas le quedaba vida. Pensaba que al lanzarlo treinta años atrás en un bosque apartado no podría alterar demasiado el pasado, presa de emoción lo arrojó suavemente a través de la cortina hacia el musgo del bosque primaveral y contempló como el animalillo correteaba satisfecho por su nuevo hábitat.

Le despidió alegremente diciendo: “Mira por dónde, seguro que no esperabas tener una jubilación tan dorada, eso si no te come una serpiente”.

Eso le abrió toda una gama de posibilidades, podía esperar a que Franco entrara en Barcelona y enviarle una bala desde el futuro, o más sofisticado, un gránulo de agua hiper-congelada que contuviera virus letales o cianuro, ¿Pero de que serviría eso?, su limitación de cien kilómetros le impedía matarlo antes de que gestara el golpe de estado, y al entrar en Barcelona ya tendría la guerra ganada, su muerte tal vez sólo traería más represión sobre su amada Cataluña.

Ya que no podía hacer algo grande por su país, utilizó su invento para disfrutar de la presencia de sus padres a los que había perdido prematuramente, ya que su padre un hombre de gran cultura y sabiduría murió cuando él tenía veinte años y su madre, que

nunca se recuperó de la pérdida, y falleció dos años después tal vez a causa del estrés y la depresión que su débil corazón no pudieron soportar.

Fue un día en que repasaba los momentos felices compartidos con ellos cuando le asaltó la idea que en principio le pareció mera locura, pero a medida que iba pensando en ello iba cobrando forma en su mente.

¿Qué podía perder si alteraba su pasado?, era un cincuentón sin descendencia, sin familia ni amigos, con una esposa que se había aferrado a él como la rémora a la ballena sin preocuparse en proporcionarle un poco de felicidad. Y en lo que pudiera afectar a los demás... Por más que pensara no podía encontrar una persona realmente digna que él conociera directamente.

Si su plan se realizaba todo podría quedar patas arriba, ¿Y qué?, ¿Qué maravillas le quedaban por vivir?, unos años más hasta su jubilación y luego el geriátrico cuando no pudiera valerse por sí mismo.

Como buen científico que era comenzó a trazar su proyecto meticulosamente, compró un traje que pudiera ser elegante hace medio siglo, adquirió billetes antiguos de mil pesetas, preparó un dossier con una serie de avances tecnológicos recientes y lo grabó en un floppy disk, que actualmente estaría obsoleto, pero hace cincuenta años sería muy avanzado e indescifrable para cualquiera.

Estudió cual sería el momento más adecuado para abordar a sus propios padres justo cuando lo llevaran a bautizar, para situar su cabina en un callejón próximo en el que había comprobado previamente que no aparecería nadie durante la próxima media hora.

A los guardas de seguridad les extrañó un poco que aquel domingo apareciera en el complejo trajeado con una indumentaria algo anticuada, pero ya se sabe que los científicos están un poco chalados, sólo uno le preguntó: “Que elegante viene hoy a trabajar Don Alonso” (Todos habían aprendido a no llamarle Tiburcio aunque por detrás suyo se cachondearan del nombrecito).

“Lo normal, he tenido que ir a un bautizo y no tengo ganas de cambiarme”.

“No tendría que trabajar tanto”.

“Bah, para que mi mujer me cuente sus chafarderías en casa... Estoy mejor aquí”.

“En eso tiene usted razón, ¿Querrá usted un café o alguna otra cosa?”.

“No, prefiero que nadie me interrumpa, a ver si hago algún descubrimiento importante y gano el Nobel”.

“No se haga ilusiones, seguro que eso está medio amañado”.

Tiburcio pensó para sus adentros: Y sino se quedaría el mérito mi jefe, pero sólo dijo: “Me parece que tienes toda la razón”.

Solo llegar puso en marcha su máquina, tenía miedo de que cualquier imprevisto, un simple corte de energía un pequeño temblor en la corteza terrestre o cualquier nimiedad le impidieran realizar su proyecto.

Parametrizó cuidadosamente los factores de espacio-tiempo y llegó al callejón que tan bien había estudiado, sabía que sus padres estarían a punto de pasar por aquel lugar.

Tomó aire y con paso muy decidido atravesó con rapidez la cortina de energía, ahora ya no había vuelta atrás.

Respiró con fuerza y notó el aire más puro, como si tuviera más oxígeno y con olores más fuertes de lo que estaba acostumbrado, giró la vista atrás y tal como esperaba pudo comprobar que de su aparato no quedaba ni rastro.

No había problema en que al notar su ausencia alguien siguiera sus pasos ya que había dispuesto un conmutador automático que tres minutos después de su marcha destruiría las partes más sensibles de su instalación, nadie la podría rehacer, además un virus informático borraría toda la información que mínimamente pudiera asociarse con su desaparición, aunque si su plan tenía éxito todo aquello estaría de más.

Salió a la calle y contempló con alegría como sus padres, ahora jovencísimos se acercaban por el fondo de la avenida.

Con una sonrisa que no necesitó forzar les abordó diciendo: “¿Y dónde va ésta feliz pareja con un niño tan guapo?”.

La presencia de aquel hombre de aspecto agradable, elegantemente vestido y entrado en canas no les incomodó, y fue la madre quien dijo: “Lo llevamos a bautizar”.

“Ho que maravilla, yo para mi desgracia nunca podré tener hijos ni nietos, así que si me permiten me gustaría apadrinarlo, por tanto, les ruego que acepten este pequeño presente para ayudar en los estudios del chiquillo”.

La pareja se quedó sorprendida tanto por la afirmación como por el fajo de billetes de mil pesetas que el hombre había sacado de su bolsillo, así que les dijo: “Tómenlo sin reparos, es dinero honestamente ganado con el que me disponía a realizar alguna buena obra, ¿Y qué mejor obra que apadrinar a este bebé?, y díganme, ¿Qué nombre le pondrán a la criatura?”.

“Pues... Tiburcio”:

El hombre reaccionó como si le hubiera picado un escorpión, incluso retiró hacia atrás la mano con el dinero y comentó en tono preocupado: “¿Y por qué precisamente Tiburcio si me lo permiten?”.

“Bueno... Como su papá”, contestó tímidamente la madre.

“¡¡Oh, por Dios!!, no hagan eso, ponerle a un niño el nombre de su padre es robarle su personalidad, nunca será Tiburcio, sino Tiburcio hijo, Tiburcio segundo, o peor aún Tiburcito, además si me permiten la pregunta: ¿De dónde son ustedes?”.

“De Fuenlabrada de los Montes”.

“Pero ahora vivirán en Barcelona ¿Verdad?”.

“Si claro”.

“No se ofendan por lo que les diré, pero en Fuenlabrada el nombre de Tiburcio o cualquier otro no tiene tanta importancia, pero en Barcelona es absolutamente paleta y eso será una carga para el pobre niño, ¿Cuál es el apellido de su padre?”.

“Alonso”.

“Pues fíjense que mal suena: Tiburcioalonso, háganle un favor al pobre crío y pónganle un nombre épico del que pueda sentirse orgulloso como César, comparen como suena Césaralonso”.

“Bueno... Es que nosotros...”.

“Dejen a un lado la mezquina vanidad de que se llame como su papá y piensen en el pobre chiquillo, yo me marchó a realizar un viaje muy largo del que posiblemente no regresaré, así que no podré comprobar si me han hecho caso, acepten este obsequio que en los tiempos que corren seguro que les vendrá muy bien, pero júrenme que le llamarán Cesar, yo no puedo apadrinar a un Tiburcio”.

La madre miró a su marido, tomó enérgicamente el fajo de billetes y dijo con firmeza: “¡Se lo juro!, se llamará César, aunque tenga que pelearme con mi marido”.

“El hombre sonrió relajado y alargando una especie de pitillera plana le respondió: “Pues puesta a jurar, júreme que cuando tenga veinte años le dará este pequeño obsequio que le ayudará en la vida pero guárdelo en secreto y no se lo enseñe a nadie ni siquiera lo mire usted misma, y cuidado donde lo guarda, es muy delicado y los imanes lo estropean”.

“Puesta a jurar también se lo juro, ¿Pero porque hace usted todo esto?”.

“Porque me hubiera gustado hacerlo por un hijo que nunca tendré y ya que les he encontrado a ustedes... Y mejor que no comenten esto con nadie, la gente es muy suspicaz y luego todo son habladurías”.

“Bueno pues muchas gracias”.

“No se merecen, y venga, márchense que ya les he entretenido bastante y van a llegar tarde al bautizo”.

Tiburcio vio marchar con nostalgia a la pareja, le hubiera gustado abrazarles, besarles y hablar con ellos de tantas cosas, pero eso hubiera resultado sospechoso, se retiró de nuevo al callejón, pronto sabría si su plan había tenido éxito.

Si su teoría era cierta, él como ser vivo pronto perecería, ya que acababa de alterar su propio pasado, pero los objetos materiales permanecerían, no tardó mucho en sentirse desvanecer, notó que flotaba y su espíritu iba abandonando lentamente aquel cuerpo que permanecía inerte en el callejón.

Para la policía siempre fue un misterio la presencia de aquel cadáver de un hombre indocumentado, elegantemente vestido de quien los forenses no pudieron localizar la causa de su muerte.

El espíritu de nuestro amigo se vio arrastrado por quien sabe que dimensiones hasta que una dulce voz muy familiar le despertó diciendo: “Vamos César, despierta, tenemos que coger el avión a Suecia que mañana te conceden el Nobel de física, ¿O es que ya no te acuerdas?”.

Se despertó algo aturdido, como si hubiera aterrizado en un lugar extraño, pero no había nada de anormal, allí estaba Silvia su bella esposa que a sus cuarenta y pico años se conservaba como una muchachita gracias al deporte y la vida sana que llevaba, y en la habitación de al lado oía reír a la parejita, sus queridos hijos.

Por el amplio ventanal de su terraza se veía toda Barcelona con el mar al fondo, se quedó pensando en todo ello hasta que su mujer le dijo: “Te noto como pasmado”.

“Es que he tenido un sueño muy raro, muy largo y muy realista, estaba casado con Ramona nuestra criada, Sebastián, mi ayudante, era mi jefe y yo un don nadie, no tenía hijos y a ti... Ni te conocía”.

“¿Y qué tal la Ramona... Follaba bien?”.

“Que va, era un saco de patatas”.

“¿Así que te la has follado en sueños he?”.

“Pues sí, para que te voy a engañar, pero visto lo visto... Ni por todo el oro del mundo, si la comparo contigo es como una mierda de perro frente a un menú cinco estrellas”.

“Así me gusta, que pienses que soy única. Y cambiando de tema... ¿Qué haremos después de recoger el Nobel los discursos y las zarandajas?”.

“He pensado en tomarme unas merecidas vacaciones, dejar los niños con los abuelos y que demos la vuelta al mundo recalando en los lugares más exóticos e interesantes”.

“Así me gusta, pero hoteles de cinco estrellas he...”.

“Por supuesto, solo voy a donar la mitad del premio para investigación, otra cuarta parte para beneficencia y los doscientos mil euros restantes los tendremos que guardar para cubrir gastos”.

“¿Que gastos?”.

“Los de las vacaciones que nos vamos a pegar, cariño”.

FIN...